

LOS PRIMEROS DÍAS DEL PRIMER SITIO Y EL GENERAL DON JOSÉ DE PALAFOX

Por JAVIER CAÑADA SAURAS

Los dos Sitios que la ciudad de Zaragoza sostuvo contra los franceses en 1808 y 1809, figuran en el número de acontecimientos más notables de esta desgraciada guerra. La mayoría de las circunstancias son, sin embargo, todavía desconocidas en Francia, donde no se sabía en esta época lo que publicaban los boletines incompletos y falsos. Sólo en Inglaterra se conocieron todos los detalles. Un gran número de ingleses tomaron una parte gloriosa en la defensa heroica de los españoles; fueron testigos de todos los acontecimientos y varios de ellos se apresuraron a darlos a conocer en su patria cuando volvieron a ella. Sus relatos tuvieron el máximo éxito; y entre estos monumentos históricos, hay que destacar la obra de Charles-Richard Vaughan, joven militar lleno de celo y admiración por los valientes defensores de Zaragoza.

Él tuvo el honor de servir como voluntario a las órdenes del general don J. Palafox; y de todo de lo que no había sido testigo inmediato, lo escuchó contar a sus compañeros de armas. Desde su regreso a Londres, cediendo a los deseos de gran número de sus compatriotas, y más particularmente a la petición del general Doyle, su amigo, se apresuró a escribir y a publicar los detalles de los que su memoria y su corazón todavía estaban llenos. Este pequeño escrito fue leído con una extrema avidéz; tuvo en algunos meses seis ediciones; y el autor consagró sus beneficios al alivio de los desgraciados españoles víctimas de la guerra.

Don José Palafox, el hijo mayor de una de las más antiguas familias de Aragón, era el menor de los otros dos hermanos distinguidos igualmente en la carrera de las armas. Tenía apenas veintiocho años cuando las circunstancias lo colocaron en una posición en la que pudo conseguir una gloria inmortal. Oficial de los Guardias de Corps del rey, con el rango de brigadier, había sido destacado por Fernando VII, y él había acompañado a este príncipe en 1808 a Bayona, donde había visto con la mayor extrema indignación todos los actos de perfidia y violencia que se emplearon contra su soberano. Cuando este príncipe fue encarcelado, Palafox se escapó usando sólo un disfraz, y vino a establecerse en una casa de campo en La Alfranca, cerca de Zaragoza, donde vivió extremadamente retirado con su hermano el marqués de Lazán, y el coronel Butrón, su amigo. Su opinión y abnegación a Fernando VII inspiraron pronto inquietud al capitán general Guilhermi, que acababa de

someterse a las nuevas autoridades. Envió a Palafox la orden de salir del reino de Aragón; pero el 24 de mayo, a las ocho de la mañana, un gran número de campesinos llegaron en tumulto a la casa del capitán general, y penetraron hasta su aposento, después de haber desarmado a su guardia, a los gritos de: *¡Muera Murat! ¡Viva Fernando VII! ¡Queremos armas! ¡Queremos fusiles!* A pesar de los esfuerzos de los amigos del general para detenerlos, exigieron que saliera él mismo en persona para que les distribuyera los fusiles del arsenal, sabiendo ellos que se habían vendido muchos a los franceses. En vano Guilhermi les informó de lo absurdo de estos gritos, y su fidelidad por el rey, garantizada por las heridas recibidas al servicio del monarca, pero ellos lo llevaron a las prisiones de La Aljafería.

El teniente general Mori, segundo comandante, obtuvo entonces el mando en jefe. La población amotinada se apoderó del arsenal, se repartió los fusiles y situó a los artilleros en el castillo.

Sin embargo, el general Mori, de origen italiano, no inspiraba una gran confianza al pueblo aragonés. A los gritos de *¡Muera Guilhermi!, ¡Viva Mori!*, ellos añadían: *Si vos no nos dirigís bien, nosotros gritaremos: ¡Muera Mori!*

El capitán general y el consejo de Zaragoza, inseguros de su conducta, no creían poder librarse de obedecer al gobierno provisional, dejado en Madrid por Fernando, y que, según un nombramiento de Carlos IV y de Napoleón, había reconocido a Murat como teniente general del reino. Por otro lado, temían disgustar al pueblo de Zaragoza. Una junta de personas de las más respetables e influyentes, convocada por el capitán general provisional Mori, no decidió nada. El mismo día hubo un levantamiento del pueblo contra los franceses, y por respeto a ellos se contentaron con encerrarlos en la ciudadela.

Mori, a quien la caída de su predecesor volvía más circunspecto, estimó que le sería útil tener cerca de él a don José Palafox, por su influencia sobre la población; le escribió que viniera a Zaragoza. El mismo día, cincuenta campesinos armados se habían ido a La Alfranca, y querían obligar a don José Palafox a ir a la ciudad; él se resistía, pero habiendo recibido la petición del capitán general provisional, regresó a casa del general en donde se presentó con el séquito de campesinos.

Al día siguiente, pidió que se le admitiera en el consejo, para tomar contacto, decía él, con los asuntos importantes para la patria. No había en absoluto cargo que le autorizara a ello; desde que se levantó esta dificultad, llegó seguido de una multitud numerosa, entró sólo, se sentó a la derecha del capitán general provisional, pidió que se tomaran los medios para liberarse de la inoportunidad del pueblo, protestando por todas partes, que estaba preparado para hacer a la patria el sacrificio de todas sus facultades, y si se equivocaba, el de su vida. El consejo se quedó mudo. Sin embargo, la población, que se impacientaba, derribó

la puerta e informó al consejo que Palafox debía ser nombrado capitán general. Él se retiró después para dejar deliberar a los magistrados ; pero, como ninguno de ellos se atrevió a pronunciarse, el pueblo derribó la puerta por segunda vez, y el consejo fue amenazado. Entonces el general Mori dijo que *si su autoridad no era útil ya, abandonaría el mando...* No se le dejó acabar y gritaron: *¡Viva Palafox! ¡Viva el capitán general! ¡Al fin, tenemos a alguien que podrá mandarnos!*



EL EXC.^{mo} S.^{to} D. JOSEF PALAFOX Y MELZI

El nombramiento de un jefe elegido por los aragoneses hizo cesar en el mismo instante todas las convulsiones políticas; a la insubordinación más completa, sucedió la más ciega sumisión, y aunque la población tomó todavía algunas determinaciones por sí misma, sobre todo haciendo arrestos, le daba cuenta de todo al capitán general.

Todo el reino de Aragón reconoció, como la capital, la autoridad del general Palafox. El general Mori estaba en cierto modo detenido en su casa, donde fue hecho prisionero algún tiempo después, a la primera entrada de los franceses (el 4 de agosto de 1808, después de la toma del convento de Santa Engracia).

El ejemplo de los aragoneses contribuyó mucho a extender por la península el espíritu de resistencia a la injusta dominación de Bonaparte. Las tropas que, en las

guarniciones, se encontraban con soldados franceses, se dispersaron; varios oficiales de los cuerpos que estaban en Madrid y en Pamplona, vinieron a reunirse al ejército de Aragón, en el que participaron en la instrucción de los nuevos cuerpos; oficiales de ingenieros, empleados en la escuela de Alcalá, regresaron igualmente, así como un gran número de oficiales aislados de la capital de España.

Sin embargo, España estaba en guerra por todas partes y se obligó a Bonaparte a alejarse de Madrid, cuando ya era demasiado tarde, y Murat, cuya imprudente violencia había iniciado el incendio. Tropas francesas se enviaron a Valencia desde Andalucía. Aragón más cerca que las otras provincias debía atacarse la primera.

Pero ya las armas francesas habían sido vencidas en Bailén, en Zaragoza. Su jefe se había equivocado creyendo que sólo debía ocupar el país; había enviado por todas partes fuerzas insuficientes, y así había hecho saber a los españoles el secreto de su poder. Su hermano José había abandonado Madrid después de un reinado de diez días y once noches. El ejército francés se replegaba hacia Vitoria.

Por otro lado, el cuerpo de ejército valenciano a las órdenes del general Saint-Marc, reforzado por el general barón de Warsage, el cual, obligado a abandonar a los franceses, el 2 de agosto, los altos de Villafeliche, se había replegado hacia el cuerpo de ejército de Valencia, se dirigía hacia Zaragoza. Los sitiadores, temiendo ser cortados si permanecían más tiempo en la difícil posición en la que se habían colocado, levantaron el Sitio en la noche del 14 al 15 de agosto, abandonando y tirando al canal toda su artillería gruesa y sus municiones. No tuvieron tiempo ni para evacuar los aprovisionamientos que habían amontonado en Tudela. Todo se perdió. Se les hizo prisioneros durante la retirada.

La victoria era completa. Pronto se dieron gracias al cielo celebrando con la mayor pompa la procesión de la Fiesta de Dios, que había sido interrumpida por el primer ataque, el 16 de junio. La población, ebria de alegría de ver esta solemnidad sagrada, que le recordaba la independencia que había reconquistado, hizo resonar al aire gritos de: *¡Viva Nuestra Señora del Pilar! ¡Viva el general Palafox!*
